

Entre los poetas míos...



Mario J. de Lellis

CON el título genérico “Entre los poetas míos” venimos publicando, en el mundo virtual, una colección de cuadernos monográficos con los que deseamos contribuir a la divulgación de una poesía crítica que, con diversas denominaciones (“poesía social”, “poesía comprometida”, “poesía de la conciencia”...) se caracteriza por centrar su temática en los seres humanos, bien sea para ensalzar sus valores genéricos, o bien para denunciar los atropellos, injusticias y abusos cometidos por quienes detentan el Poder en cualquiera de sus formas.

Poesía ésta que no se evade de la realidad, sino que incide en ella con intención transformadora. Se entiende por ello que tal producción y sus autores hayan sido frecuentemente acallados, desprestigiados, censurados e incluso perseguidos por dichos poderes dominantes.

Se trata, en fin, de una poesía no neutral, teñida por el compromiso ético de sus autores.

Los textos aquí incorporados proceden de muy diversas fuentes. Unos de nuestra biblioteca personal, otros de Internet.

La edición digitalizada de estos cuadernos poéticos carece de toda finalidad económica. No obstante, si alguien se considera perjudicado en sus legítimos derechos de propiedad intelectual, rogamos nos lo haga saber para que retiremos los textos cuestionados.



Biblioteca
OMEGALFA
ΩΑ

Entre los poetas míos...

Mario Jorge de Lellis

(1922 - 1966)

En el barrio de Almagro, de la ciudad de Buenos Aires, nació este poeta argentino el 14 de mayo de 1922. Fue el tercero de ocho hermanos.

Llevó una vida bohemia, siendo asiduo caminante noctámbulo de las callecitas y bares de su barrio, gozando de sus gentes y lugares, del amor, del vino, del hipódromo y del Boca Junior.

Hubo de trabajar duramente para ganarse el pan. Fue director y editor de los catorce números de una primorosa revista literaria: *Ventana de Buenos Aires*.

Viajó por numerosos países, amó a muchas mujeres y tuvo muchos hijos. Fue un gran poeta, popular, a la vez que un hombre sencillo estimado por quienes le trataron.

De su primer matrimonio con la también escritora Nira Etchenique nació Sandra.

Escribió catorce libros de poesía, una novela, dos biografías, numerosos cuentos y relatos de viajes.

Compartió las tertulias de entonces con figuras de la talla de los hermanos Tuñón, Juan Gelman, Olga Orozco, Catulo Castillo, Julián Centeya, Nicolás Olivari... Y ejerció notable influencia sobre las generaciones poéticas siguientes por su arte para reflejar la belleza y el dolor mediante audaces innovaciones poéticas.

De Lellis marcó un antes y un después en la poesía argentina. Pasó del “yo poético” al “nosotros poético”. Hizo de la poesía social un campo de lucha y una forma de amor por el género humano. Su poesía se sumerge en la gente y su existencia cotidiana. Tenía fe en el ser humano y en la amarga aventura de vivir en un mundo hostil que hay que cambiar.

Actualmente sus libros son difíciles de encontrar.

Entre ellos citaremos: *Flores del silencio*. Bs. As. 1941, *Cantos de la tecla negra*, Bs. As. 1942, *Siglo Rojo. Veinte Poemas para el siglo XX*. Bs. As. 1943, *Tiempo Aparte, sonetos*. Bs. As. 1946, *Calles de Marzo*, Bs. As. 1947, *Litoral de Angustia*, Bs. As. 1949, *Mediodía por dentro* Bs. As. 1951, *Ciudad sin tregua*, Bs. As. 1953, *Cantos Humanos*, Bs. As. 1956, *Pablo Neruda*, Bs. As. 1957, *El buque de la calle da la amargura* Bs. As. 1959, *Cesar Vallejo* Bs. As. 1960, *Hombres del vino, del álbum y del corazón*, Bs. As. 1962, *Hortigueral de Almagro*, Bs. As. 1965.

Murió joven con sólo 45 años, el 14 de noviembre de 1966, ya muy enfermo, y bajo el cuidado de su segunda esposa, la también escritora Lucina Álvarez, más tarde secuestrada y desaparecida por la última dictadura militar.

Hoy una modesta plazuela que ocupa el lugar donde antaño se levantaba la desaparecida estación de ferrocarril “Almagro”, lleva el nombre de Mario Jorge de Lellis.



A.R.A. 615

Para Jorge, en tierra.

No te hacían señales con banderas.
No pronunciabas isla a sotavento.
No estabas ni en la proa ni en la popa,
no te acuñaba el aire, no te estrenaba el viento.
Pero seguía el mar moviendo sus esponjas,
sus tiernas noctilucas, sus mareas, sus misterios
submarinos de ahogados dando vueltas
siempre en torno del mástil compañero.

Cualquier reloj estaba en cualquier hora.
Un día martes trece, marinero.

Tristes grúas lloraban en las dársenas
y antebrazos tatuados se empinaban por ti junto a los puertos.
Las brújulas seguían tu destino de yodo terminado.
Petreles y gaviotas te cruzaban de pañuelos.
Te sabían de sal, de caracol sonoro,
de pipa perfilada, de ojos negros.
Y por eso remaban hasta ti los muelles,
los faros rondadores, las boyas sin grumetes, los pájaros roqueños.

Cualquier reloj estaba en cualquier hora.
Un día martes trece, marinero.

Todo ese mar volcado
que crecía en tu sangre sin saberlo,
te dice que te vas,
te dice que te vas con una voz de náufrago viajero
que llega hasta tu alma. Te dice que te vas
de la escama, del ancla, de los sueños
de muchachas que te esperaban
con jaiwas y con lirios detrás de cocoteros,
de barrios pescadores que tenías que oler,
de sumergidos cantos que habrías de cantar en bares extranjeros,

de ese timón colega que te llevaba en vilo
en busca de arcoiris y archipiélago.

Pero ven a la tierra, contramaestre puro,
heredero vikingo, libre fenicio entero.
Ven a la tierra al fin, desmarinado y todo,
desbordado y desecho
de lo que hiciste de agua,
pescador de caminos, caminador de vientos,
ventilador de sueños sumergidos,
curva mayor, 615 nuestro,
que en la tierra el reloj maraca una hora
sin día martes trece, marinero.

Ven a la tierra firme. Bajo la piel te queda
un mapamundi oculto donde mirar los puertos.
Acá tampoco te hacen señales con banderas
ni pronuncias la isla a sotavento,
pero hay un sol torcido en todas las esquinas
y en las frentes ancianas suele atracar el tiempo.

Ven a la tierra firme, desmarinado y todo.
¿Qué importaba tu espada, tu graduación, tu ejemplo?

¿No eras todo de alga, de vela y trinquete?
¿Acaso el mar no tiene cara de amigo bueno?

Ven a la tierra firme... ¡Cuánta saliva amarga
verá tu sal doblada sobre el pecho!

Ven a la tierra firme, 615,
petrel, hombre de playa, marinero.

<http://www.elortiba.org/delellis.html>

Boca Juniors *

Uno sabe el color bandera sueca,
desarrancado gol grito del hincha,
vocación de este Boca boca llena,
tictac de historia de tablonos
chuenga a chuenga.

Uno siente la sangre de azul-oro
metiéndose en las venas
por un punto de más, por una nada.
Y ocurre que ni almuerzo ni merienda
tienen algo que ver,
ocurre que la novia zaguanera
o el padre encabezando los domingos
miran pasar la tarde bizcochada
y esperan como espera,
pasivamente el lunes.

Uno se va volado, está de loco al paso,
refuerza el corazón, grita sin grieta,
aplaude el gol sellado en la gambeta,
siente su afán,
lo sigue hasta en la sexta.

Y siempre, cuando ese sol domingo color pájaro
le pega en la cabeza,
cuando tiene en capilla la memoria
o en blanco la leyenda,
suelta nombres con nombres a medida
que los nombres lo sueltan:
tesoriere capando los penales,
bidoglio con refrán en cada pierna,
lazzatti semafórico a las puntas,
cherro firmando la pelota para una ida y vuelta,
arico llevándola al desprecio,
varela en boina suelta,
sarlanga como dulce golosina,

* Se respetan la minúsculas y la manera de puntuar del autor y se agregan llamadas al pie para aclarar términos. Espero que no entorpezcan el ritmo de la lectura. Propongo leerlo "de un tirón" y después releerlo yendo a las notas.

angelillo maestro, filósofo poeta.
Así, de Boca en boca,
lo inconsolable tiene
consuelo de domingo por la siesta:
léxico libre, loco levantado, potrerío de fiesta.

Hacer la flor de bocajuniors,
hacerlo con belleza,
hablar del pueblo pobre
que sin pedir permiso
se vuelca hacia la izquierda
es una primavera de cosas hipotéticas:
¿qué pensarán los clásicos,
qué pensará la golondrina bécquer,
qué espronceda?

No sé.
Pero ese pueblo vivo que empuja y desempuja,
que habla y parlamenta
es el único eco de estas voces
y el único que cuenta.

Viéndolo andar de Boca al hombro,
de corazón con quince estrellas,
de pasión sin corbata,
le digo este poema.

Fuente: La Bombonera

Canto a China

Es tan difícil darte alguna cosa!
Por ejemplo, la sangre y la poesía
o el corazón
o simplemente el labio agradecido.

Porque hay cosas que damos y no bastan
para tu pueblo azul,
para tu pueblo azul,
para tu pueblo loco del verdadero amor del mundo.

Te digo como fue:
domingo por la tarde,
arrozales tendidos boquiabiertos,
sorgo maíz y pájaro
y un gran color de tierra labradora en las primeras caras.
Mis ojos te querían
como en la infancia a un trapo acostumbrado.

Te digo como fue:
sencillamente fue,
nutriéndome tu pueblo,
tocándome la mano del vendedor de grillos,
rozándome la música de tus violines,
sonriéndome tus madres de juventud sonora,
sintiendo obreros puros.

Suelo olvidar detalles.
Olvidarme el idioma del corazón amigo,
de cuántos crisantemos crecían en mis manos,
de qué noches te quise y te busqué en un mapa.
Suelo olvidar, incluso, el día de un lugar,
la cifra, los zapatos, el almanaque entero.
Pero cómo olvidar la buena educación
del aire que te envuelve,

tu gran fuerza de pie,
tu niño liberado.

Cómo olvidar los siglos de belleza que salen de tu vientre
como del fondo de un baúl de magia.
Cómo olvidar tus manos de amistad,
tus nubes, tus mercados.

Es tan difícil darte alguna cosa!
Y tú me diste tantas!
Desde la simple insignia hasta el abrazo,
desde el color del hombre hasta el color del árbol.
Recordaré, mañana, las obreras cantándole a la vida
con sus hijos cantándole al crepúsculo.
Recordaré las calles de Pekín:
el vendedor de peces,
el vendedor de noches y cigarras,
el vendedor de flores de papel.
Recordaré el carbón, la siderurgia,
el acero tocándome la carne.

Es tan difícil darte alguna cosa!
Por ejemplo algún pez, alguna higuera,
algún río flotando camalotes,
algún recado tonto de nuestro trigo inmenso.

Pero yo quiero darte.
Unos dicen que dan el corazón,
otros la uña,
otros la gran bandera de un pueblo,
otros una vasija,
otros un gran olivo,
otros un buen obrero batiéndose en las fábricas,
otros un Dios de cera,
otros un buen embarco,
otros un buey lamiéndose acostado,
otros el padre y el hermano,

otros los buenos días.
Pero yo quiero darte:
un grano de maíz, una paloma,
una estrella del sur que te contemple,
un arrabal, un tango,
una mujer con flores que te diga
que te queremos mucho.
Quiero darte mi sangre.
Mi sangre, a cada rato,
está en nombre pueblo.

Mi sangre se atropella por el pueblo:
sube hasta el pueblo y dice que lo quiere,
le toca los bolsillos,
lo saluda en el pelo y la alpargata,
lo nombra de belleza como ese loto extraño
que he contemplado a veces color sombra.

Quiero darte la piel, las buenas noches,
la nostalgia de amor y la poesía.
Es tan difícil darte alguna cosa,
tan difícil,
que mientras otros dan con la palabra exacta,
te alaban en los lagos,
en el andar a pie,
en la estadística,
yo te digo despacio y comprendiendo
que es pequeño presente darte el alma:
Esta es mi sangre: toma.
Este es mi canto: gracias.

(Cantos humanos, 1956)

Canto a los hombres del pan duro

Nacen, se reproducen, después mueren.
De cobre son y el cobre los golpea.
Llevan de cobre el corazón y la camisa.
Llevan de cobre las mujeres recias.
Llevan de cobre el ojo y los abuelos.
De cobre son y sueñan.

Nacen, se reproducen, después, mueren.
Y es de cobre el vapor del caldo escaso,
de cobre el duro tálamo, la higuera,
el defendible hinojo,
la charla sobre el pan, el hasta cuándo,
las mesas de hule roto, la impaciencia
por ver caras alegres, frutillas, casas propias,
amigos bajo el sol, bajo la siesta.

Nacen, se reproducen, después, mueren.
Fueron cadetes de la industria,
albañiles de andamios,
fabricantes de cosas inútiles modernas,
paladines del aire y del martillo,
fregadores de pisos, humo de chimeneas.

Nacen, se reproducen, después mueren.
¿Quién obtuvo sus sangres?
¿Quién destinó sus vértebras?
¿Quién los puso de gallos en la aurora
caminando y gritando, pateando y acatando,
hirviéndoles la sangre compañera?

Yo los he visto hastiados hasta decir no quiero,
los he visto matando en frigoríficos,
matando en primaveras
en que todo nacía sin motivo aparente

como nacen las flores;
lo he visto con bolsas,
moverse, trabajando, cuando era
la hora de comer,
la hora egregia del amor y del descanso;
los he visto trepados a las torres,
trepados a las viejas torres,
dándoles cal, charlando con los ángeles,
mirando un punto de la tierra,
un solo punto vivo
al cual pertenecían
y por el cual hilaban sus días, sus esencias.

Los he visto volviendo a sus hogares
con la honradez al hombro, mirándose las piernas,
detallándose niños y costumbres,
algunas cosas que suceden,
pisándose las huellas,
hollándose los marzos, los octubres,
los panes sin almuerzo, las amargas cosechas
del frío, las amargas recolecciones para otros
y las amargas siembras
del cobre que resuena en el alma
como un gran acordeón tocando a fiesta.

Yo sé que nacen, sí.
Yo sé: se reproducen. Yo sé: se mueren.
Sé que suenan a cobre, sé que suenan
a rasgadoras fiebres, a pan hermoso y triste.
Tienen hijos de cobre, muy sonoros;
tienen mujeres recias,
cigarrillos baratos en los dedos,
hondas causas vitales manchando sus ojerás.

Están aquí y allá.
Suenan, resuenan.

Son de una gama gris.
Andan y trepan.

Naturalmente cobres, naturalmente solos,
tienen el sol cerrado sobre la mano abierta.
Y un día caen trizados por el tiempo,
con unos ojos amplios hacia el norte
y un pan duro indicando sus presencias.

Son esos hombres duros como el cobre.
Suenan, resuenan.

De: *"Hombres del vino, del álbum y del corazón"*.

Canto a los hombres del papel sellado

Uno los ve fundamentales, tristes,
palideciendo al puro contacto con las rosas
con larga urbanidad prolijamente seca,
ojo de gancho duro, talonarios,
y aroma de calas siguiéndoles las muertes,
y un impecable estar adentro de la ley
como al fondo de un sótano marino.

Uno los ve con corbatas y gominas,
electores correctos,
fanatizados cuerpos bajos el saco,
inmóviles, de negro, cerrando abriendo puertas,
decreciendo en constante pulso inútil.

Uno los ve al margen de las cosas vivas,
hazmerreíres serios,
impermeabilizados.

Uno quisiera alzarlos hasta las lentas noches
donde duele la acacia y las lunas varían
de acuerdo al pensamiento;
uno quisiera alzarlos hasta el salado sitio de los mares
donde navega en busca de occidentes
el leve calamar o la gaviota;
uno quisiera despertarlos, acaudillarlos,
llevarlos al jilguero, a la harina,
al quiróptero hundido entre las sombras
de las malditas casas,
a la dulce majada renovada en el muy blanco sur,
al taller con muchachas que se asoman al día
sonriendo sus cansancios,
al gangoso impedido en una esquina,
al tañido violín, a la metáfora,
al viento y al cereal y al perejil

y a las más altas cumbres y a la niebla.

Uno quisiera incluso concederles un poco de horizonte,
un dorso de sus días, un quiosco entre las nubes,
un extraño país con calabazas,
con altos cuellos de ocas investigando lluvias.

Puesto que no verán este fanal del mundo, de los hombres,
de las tallas auténticas,
de la lana abrigándonos las carnes del invierno,
del mar impenetrable penetrando
en un ritmo de ojos y palomas.
No sentirán ciprés, abeja , río,
no sentirán amor tendido como un tierno animal
buscándose en los dedos,
ni una impalpable vida funcionando en los latidos mínimos.

Uno quisiera incluso que supieran,
que se fueran con vientos por el mapa
como nos fuimos todos los raros mensajeros
del aire y de las cosas.

Pero siguen allí, fundamentalmente, tristes,
cumpliendo sus deberes,
oxidando sus caras poco a poco,
con acalambamiento amargo entre los dedos,
sin saber por qué son, sin comprender tampoco
que inevitablemente terminarán nutridos de materia.
Duros. Solos.

Del libro: *Cantos Humanos*, 1956.

Canto a los hombres del vino tinto

Yo sé que vendrán, caminarán,
vendrán, caminarán, darán la vuelta,
dirán mi barco ballenero pesca en las Orcadas,
mi vejez es un canto de rayuela,
mi velador no caza mariposas,
vendrán, caminarán, dirán cualquiera
tiene un gorro frigio,
cualquiera tiene un tango,
tiene un agua tanino;
vendrán, caminarán, dirán la palabrota que les queda,
vendrán, caminarán, dirán del apio,
vendrán, caminarán, dirán que salga pato o gallareta,
dirán, caminarán, dirán qué bárbaro,
dirán imbécil,
dirán yo soy un hombre,
dirán piso la tierra.

Yo sé que ellos vendrán, caminarán.
Dirán, caminarán y cantarán con la violeta
y cantarán el ajo de los guisos
y el ábside, el gorrión, las azoteas.
Vendrán, caminarán, dirán que antepasados
murieron en cadalsos o en hogueras,
murieron sobre camas de hospitales,
sobre catres sin luz o sobre las veredas.

Vendrán, caminarán,
con la antigua zozobra
del alquiler,
con la herramienta húmeda, oxidada;
vendrán, caminarán, vendrán la siesta,
falseadores del sol,
halconeros audaces del de pronto,
viejos amigos míos, cantantes de violetas,

venteando lluvias coloradas,
cayendo, decayendo, diciendo que vendrán, caminarán,
diciendo apenas
que aquí vendrán, caminarán...
Y un chapoteo dulce pica en la piel
y uno sabe que están como los muertos:
acostados y duros y sin pena.

Como los muertos duros.
Los muertos ya no tienen vanagloria. Ni problemas.
Ni decapitación. Ni ley.
Ni llave familiar para el altillo. Ni retratos de abuelas.
Los muertos tienen solamente
un raptado moverse entre las cosas y una cruz oficial
y un pasado rumor de voces vivas en la oreja.
Y están bajo el zapato del que vive,
químicamente amargos, naturalmente pobres y de tierra.
Vendrán, caminarán. Observadores simples,
jugadores de truco, sacrílegos del agua,
bicarbonatos, hígados, confidencias,
lo que yo siempre tuve es poca suerte,
viejos amigos míos, cantantes de violetas.

Vendrán, caminarán.
Tendrán la mano abierta,
un tajo de dolor hundiendo sus infancias,
una hermosura en vino y un vino en la moneda.

Vendrán, caminarán.
La vida es tan correcta,
tan construida así como esas casas de diez pisos,
tan dócilmente puesta
hacia la muerte
que al encontrarlos
uno se siente afuera.

Vendrán, caminarán. Caña, pescado, pipa.

Pelos en la nariz, *buenas noches me voy la tengo enferma
yo le voy a contar la historia de mi pueblo,
qué has quedado pensando marivelcha.*

Yo sé que ellos vendrán, caminarán,
vendrán, caminarán, darán la vuelta.
Tienen cosas acaso que decir,
tienen qué preguntar: cuántas botellas,
cuántos lagares dulces,
cuánta ocupada mesa,
cuánto codo raído
o pantalón gastado en las veredas
o *anoche me soñé vinado en un cadáver
o anoche me soñé a mi María muerta.*

Vendrán, caminarán.
Visitarán mi tierra.

Vendrán, caminarán.
Fueron la tierra.

Vendrán, caminarán.
Se los tragó la tierra.

Vendrán, caminarán.
Campanas tocan en las copas. Buenas noches amigos,
buenas noches por catres, bodegones, viento al irse a dormir,
cantantes de violetas.

De: *Cantos humanos*, 1966

Fuente: <http://www.elortiba.org/delellis.html>

Canto a los hombres del dólar

*Tened cuidado. ¡Vive la América española!
Hay mil cachorros sueltos del león español.
Rubén Darío*

Por suerte están muy lejos.
Por suerte se terminan poco a poco,
declinan sus abyectos cauces,
se anuncian como son -monedas-,
escupen chicles, tienen guatemalas.

Porque donde fueron posible intervención,
donde vieron la fruta sazónada
al alcance del brazo que encajona,
no dudaron de hacerlo.

Porque donde se hallaron
con guano, con petróleo,
con estaño sudado,
con cajeras bonitas y fábricas textiles,
con sucios pescadores de lampreas,
con terrenos de caucho
o magros buscadores de oro en las riberas,
o pequeños patrones de chatas en los puertos,
o aun con simples piedras del paleolítico;
donde hallaron lo útil,
la clásica ganancia para su impavidez,
lo embarcaron en anchas bodegas trasatlánticas,
lo custodiaron mucho
y le dieron destino de usinas o de acciones.

Por suerte están muy lejos.
Por suerte ya no tienen talismanes que los salven
y hacen que otros abran sus ventanas,
sus viejas banderolas,

vean de lleno el sol que fecundó las mieses,
vean de lleno obreros, cargadores,
muchachos sin comer,
jerárquicos pastores con la biblia al hombro,
católicos creyéndolos
y raspajes de muerte
en mujeres queridas de turismo,
y entonces es posible que esos otros
los vean como son
y piensen libertades
y crean en el unto de amor de las familias
y busquen desprenderse.
(Se desprenden).

Porque ellos caen de pronto
-felices capataces de las tierras volcánicas,
de las islas varadas en medio del océano,
de las quintas cargadas de rocío
donde crece el tomate como un coágulo,
de la locomoción,
de la primera plana y el teléfono-
caen sin que nadie diga qué importancia
tendrá darles, de más, metros de tierra.

Pero al caer transforman, miden, quitan.
Y con la venia dulce de la luna
se instalan mercaderes de los sueños.
Porque acabadamente,
con letreros y avisos y empresarios
se hicieron democracia en el ocaso
y en el duro maíz
y en la sal de los trópicos.

Porque rastaramente,
con la corbata chic del diplomático
intervinieron muelles, jeroglíficos,
lugares donde matan a cuadrúpedos,

tallarines cantados, ejércitos de negros.

Porque impecablemente
vinieron a llevarse bandoneones
y se fueron.

Porque tardíamente
dieron el oro a cambio del obrero
y con sus duros ganglios de bandidos
después de comprobarnos el declive
se nos fueron.

Porque pusieron pie y robaron tierra.
Porque nosotros somos
ese ejército limpio de cachorros
con un diente en la lengua y un puño en cada lance
y un amargo sudor donde acabadamente
han de caer los hombres de los dólares,
los cajeros del caucho y del petróleo,
los que nos dieron luz sin alumbrarnos,
los ricos mercaderes que creyeron
que América no es de carne y hueso.

<http://www.elortiba.org/delellis.html>

El Boliche de Don Antonio

Se me perdió tu huella Don Antonio,
tu fábrica de amigos, tu pabellón de sueños.

Yo me acuerdo de aquellos tres toneles,
de aquellas cuatro lámparas, de aquellos diez inviernos.

Me acuerdo de las voces que amuramos
los tangos de Discépolo,

y de cómo rompimos tu rutina
con obcecados versos.

Aquel aparador era un cábala
para espantar espectros.

O ocaso alguna vez, vos te mirabas
en su vencido espejo.

Y las mesas de truco y los juegos de murra
y tubo en vino a préstamo.

Era un lugar zafado de la vida
sin curdas sabadeños.

Un sitio que ha pasado a ser
historia del barrio sensiblero.

No sólo fue tu huella Don Antonio,
tu babel de borrachos y de obreros.

Se fue desmoronando lentamente,
pañuelo tras pañuelo.

Tuñín se toma su buen vino

en la copa del viento,

Don Eduardo está invitando
con de la Costa al cielo,

y el Bumba va de nube en nube,
con su farol de ébano.

Esto es todo, boliche que te has ido,
sin una huella, sin un zapato viejo.

Fuente: Gob.ar/sites

El sillón

Mañana gris y nadie quiere recogerte.

Junto al cordón de la vereda,
tu bordadura de años, tus escombros.

¿Quién descansó allí?
¿Qué fatiga encorvada de horno y pala?
¿Qué romántico amor caridolente
en tus primeras lunas de folletín y arpa?
¿Mi madre, con su rostro de hortensia entre las nubes?
(En las horas de siesta le gustaba
quedarse en una sala con retratos)
¿Mi abuelo? ¿O el primer gringo amigo de mi abuelo,
aquel que ahorrraba moneditas para comprar postales?
Y en las veladas de peinetón y polca,
¿qué tornadizo azul torneado
coqueteó en tu estrechez de nido de abanicos?

¿Y qué cosas tuviste cerca tuyo?
¿Qué reloj de cucú, qué mirlo en jaula,
qué pecíolo rojo, qué digno piano?
¿Qué reliquia clavada en la pared
te miró tanto tiempo con los ojos sonámbulos?
¿Qué torreones de sueños se veían
desde tu sitio? ¿Qué pesares borrados?

Mi madre no desconoció tu historia.
Cuando yo te llevé, se sonreía.
Una sonrisa llena de pasado.

Mañana gris y nadie quiere recogerte.

Todo tu tiempo ha terminado.

Ernesto

*Ernesto,
hermano nuestro,
vino nuestro.*

Hay que nombrarte en risas, nuez, hinojo,
adoquines cruzados para dormir la siesta
y recostados codos en estaños.

Hay que nombrarte arriba, en un andamio
-de allí te nos caíste--
alegre de gorrión, cantándote vivas madrugadas,
saturando tu pecho de amistades.

Y ahora, dime,
¿de qué alpargata estás en ese mundo,
en esa copa azul, en la mensajería
de estrellas y de vientos?

Hay otro olor a casa en el boliche.
Ya no están los barriles, las mesas malparadas,
ya no está nadie, nada, todo cambió, se fue,
murieron los genioles, todo ha muerto.

Tu paso está en la calle, cruzando el adoquín,
adoquinando el barrio,
mirándote hacia adentro la cara del trabajo.

O en el andamio, cayéndote en estrella.
O en el vinoso amor a los muchachos.
O en nuestro corazón derecho,
recordándote.

<http://www.elortiba.org/delellis.html>

Las 6

Esta es la hora del mate
y de las tortas de entrecasa.

Y esta es tu miel que al despertarte
ponen abejas perfumadas.

Vamos a ver qué nos ocurre
con esta tarde color sandra.

Qué llantitos de nube y qué manera
de correr por la casa.

Cuántas veces te irás por pañoletas
a suburbios de osos y jirafas.

O buscarás un gramo de papel
debajo de la cama.

O al fin te acostarás con diez muñecos
en tu sueño de hadas.

Yo sólo sé que en esta hora me arrinconas
para jugarte el alma.

Y que me vas llevando del pantalón
al dedo de tu cara,

para mostrarme el corazón de los papeles
o el pedacito de migaja.

Esta es la hora linda en que te miro
con los ojos del pájaro a la pájara.

De: "Hortigueral de Almagro", 1965

Leguisamo

Uno lo vio otra vez y lo vio otra.
Lo silbaban boletos noplacé,
lo festejaban gordos ganadores.
Se enamoró de él disco tras disco,
agazapada gorra, método loco
de entrar con el pulmón a rienda suelta,
físico fácil familiar,
agallas agauchadas agarrando
la vida codo a codo.

Era capaz de hacer ganar nonatos,
parejeros bicochos, sementales.
Capaz de jinetear una merluza,
un hígado, un vaivén, un pararrayos.
Capaz de desafiar a un coronel,
a un tifus, a una tiara.

Uno pensó: paseos, pasadores,
bandera verde, hocico,
volátil esperanza pa los pobres,
pulso metido y prometido.

Uno supo que en todo buenos aires,
en mesas de café, en liados ayerés,
en desaprovechadas pausas semanales,
se enajenaba el tiempo con su nombre.

Sabe sus modos de acudir al grito:
mono, maestro, tuerto, pulpo, eximio.
Lo sabe hipotecándose la suerte,
metalizando sábados-domingos.

Por eso quiere a leguisamo:
muñeca, pelo en pecho, corazón, látigo,
hamaca, vista, refusilo.

Fuente: *El arca digital*

María del portón

*A la que llaman, en la calle
Corrientes, “María la loca”.**

María del Portón,
María que no tienes pan ni vino
ni maría; que vives acá, en la ciudad de calles.
en la postergación del huevo y la semilla, tras lo barrido,
bajo el Pórtland, el muro, y el andamio,
en el portón vacío,
y que sueles andar pisándote la sombra con mayor sinrazón
que un ángel sin ofrendas y un ventanal sin vidrios.
Con tu cajón a cuestras, en un sitio,
derrumbada de años –que tanto tiempo tienes-
y sola y perseguida de estrellas y de malos niños
y cada vez más loca, más tuya, más María,
María del Portón, María de la calle...escucha lo que digo:

Este mundo gotea su polvo y su abundancia.
Mientras tú, con el único cayado de la ciudad, oblicuo
como el que usaron todas las marías de tu ropa
persigues el umbral donde abrigar tu hueso antiguo,
más de un millón de pipas se tuercen en las bocas
y las pantuflas gordas calman los dedos ricos.

Y mientras tú, bloqueada de una tierra final,
con tu olvido de blusa y taco alto, de parto, de haber sido,
no gimes ya del bofetón primero, ni del delgado postre,
ni de la trampa del varó, ni del castigo,
(fuiste, sin duda alguna, muchacha de altos senos, tuyos, codicia-
dos,
y anduviste la tarde como una novia rota, sin camino);
mientras tú no te mueles de odio y de distancia
y te es simple el aire, alrededor de ti, el hombre, ese mismo

* Una mañana de junio de 1950, dos meses después de haber sido escrito este poema, “María la Loca” fue hallada, muerta de frío, en su portón de la calle Corrientes.

que te tira monedas y te reclama un llanto,
el hombre de zapato que te disputa el sitio;
el mineral, terrestre, coetáneo, perteneciente al núcleo
de la ley y el reloj; ése que ha sucedido
por vía natural, por germen, por raigambre,
porque todo es nacer, permanecer, poblar un siglo,
decantarse en andar del sueño al alba, sin fantasmas que humillan,
sin ver la cucaracha, sin consolar a un ratón con miedo, sin tino
para aceptar que un día se nos caerán los astros sobre el lomo;
ese hombre, María del Portón,
que nunca fatigó su miel ni acanaló si oído
para curar tu piel rasgada
y endurecer tu grito,
se odia a pesar del plato y la cuchara,
se odia a pesar del sábado y domingo.

Unos y otros son parientes desde el hueso.
¿Es esto lo que hay que hacer? ¿Buscar el vínculo?
¿Mirar la puñalada sin un mohín de culpa?
¿Ser un gentil, tener el tacto fresco de los líquidos,
saber sentarse en molde en los teatros,
aplaudir los clarines, entonar como un grillo?

Muchas veces me hice estas preguntas
y me miré los dedos quebrados de infinito.
Y solamente digo, María del Portón,
María que no tienes pan ni vino,
que esta gente se odia, muy a pesar del plato y la cuchara.

Para que así no fuera tendrían que haber pisado y recorrido
la ruta más amarga: ir a la flor
por gracia del pistillo
y nunca del perfume;
desahogar del mar la sal, los náufragos, las sirenas, los ruidos
del pez y no las playas donde tomar el sol de vez en cuando.
Para que así no fuera hubiera sido necesario tener la luna en un
bolsillo.

Ladrar, rumiar, hacer de gato. Hubiera sido necesario
ser algún tiempo loco, coronarse de trigos,
posternarse ante el buey, morder la greda,
y como tú, María del Portón, vivir sin sitio.
Vivir ya por después de un miércoles de abril,
cuando te escribo esto y creer que se nace sin sonido,
como un violín sin cuerda y que hay algo que tocar.

Y hay algo que tocar: tan primitivo
es todo, tan reciente, que estamos esperando todavía
los milagros directos de los dioses y el sinsabor del higo.

María del Portón: tú pasas, tú morirás mañana,
tu esqueleto se irá bajo una tierra tonta; tu apellido
claudicará a la historia y el aire simple que te augura
ira sin tu cayado por otras calles tristes. Tú habrás cumplido.
Pero nosotros... ¿Cuántas veces todavía
cortaremos la uña, el llanto y el camino?
¿Cuántas veces iremos a poner nuestra idea de rodillas
y a ofrecerla a la tarde como un vientre de madre ofrece un hijo?
¿Cuántas veces –tan solos- subiremos a un árbol, buscando a Dios,
y cuántas veces, dílo, cuantas veces, te hallaremos,
certera, sin carne, sin razón, en el vacío?
María del Portón, con tu cajón auestas,
¡cuántas veces!
María que no tienes pan ni vino
¡cuántas veces!
María que no tienes sitio
¡cuántas veces!

Fuente: oficinadecartasnorecibidas.blogspot.

Mi madre en octubre

Si supieras cómo, cuánto, de qué manera,
ahora,
días que están así, tan solos,
tan con ganas de verte:
alborotar la casa abandonada,
pasearte por los patios
como ayer no lo hice,
como no supe nunca que tenía que hacerlo
junto al olor a humo de tu falda.

Porque uno se cansa de que no estés más cerca.
Yo voy, peleo, grito, transo, me explico,
un carrusel de adiós gira en mis tardes,
un sábado a las cinco me enfría el corazón,
me estimo mucho menos cuanto te sé distante.

También a veces digo que no has muerto,
que el tiempo no ha deshecho ni un hilo
de aquellos que tejiste,
que estás aquí mirándome en los días,
diciéndome está bien hasta lo malo.

Tu muerte la trampearon con la lluvia.

Por eso entonces,
cuando salgo a buscarte en el octubre,
cuando me pega el sol, la vida, los caballos,
los pájaros, las flores,
mi escondida manera de quererte,
sé que no sabes cómo, cuánto, de qué manera
duele entender que todo esto
es nada.

Fuente: *Fundación Argentina para la Poesía: De Lellis.*

Misión de enredadera

Debo hablar de un árbol que va a morir mañana.
No sé ni quien lo trajo,
si vino con la casa,
así, de golpe, único y nacido
como nace un desierto sin hombres y sin aguas
o si una tarde humilde, de esas tardes de siempre
en que no pasa nada,
un abuelo lejano de otros que aquí vivieron,
que fumaba su pipa y sembraba albahacas
le estreno la raíz bajo un sol de noviembre
y se quedó a mirarla.

Pero sé que creció, detrás de calendarios,
detrás de noches negras como hormigas sin cargas,
detrás de gritos simples de niños que nacían,
detrás de todo el mundo que andaba por la casa.

Sus zarcillos buscaban un misterio de estrellas,
un porqué de la luna literaria,
una verdad del grito que oía en sus raíces,
una boca que hablara
Tenía religión de sol y de tormenta.
Con la lluvia sentía lentas voces de flauta
y enroscada, ganando la altura poco a poco,
fue llenando los techos con mil brazos de savia.
Mi memoria está lejos,
tocándose la infancia,
pero la llamo a gritos:
Debo hablar de este árbol que va a morir mañana.

Se entretuvo escuchando a los gatos que complican
la noche, que renuevan de sonámbulas ansias
las esperas del tiempo y el porqué de la vida
y el misterio de siempre en la fauna.
Le cruzaron mil pájaros pobres,

con nidos y pajillas en los picos, como encuentros de hadas
y trepo, como trepa la sangre
desde la vena amarga
hasta la dulce gota del índice
y se fue de la casa visitando otros hombres, de claras
miradas, de miradas oblicuas
y de cualquier mirada.

Lo vio todo. Los niños con tutores,
las madres con sus hijos sufriendo herencias, las matracas
sin carnaval, los perros atados con cadenas,
el obligado vaso de agua
con su píldora al fondo, el vino derramado,
la miga del pan crudo y el pájaro en la jaula
cantándole al olvido de su libertad antigua.
Vio el color de las caras demacradas
de los hombres que gastan su tiempo
porque algo debe hacerse con el tiempo; las armas
escondidas y prontas a la muerte.
Vio la torcaza herida sangrando por sus ramas;
vio hombres que comían vegetales
sin saber que nacían vegetales, casas
imprevistas puliendo amores
y gentes sin angustias en calles solitarias;
vio nostalgias llorando por los parpados;
vio hombres que volvían de puntos cardinales con cucharas
de hambre; vio política hiriéndose en las calles,
uniformes siniestros, propaganda,
y apenas una ronda bulliciosa de niñas
que jugaban
y apenas los gorriones
que le ponían ruido de pájaro en sus ramas
y apenas una luna, instándole a seguir,
sin escuchar a nadie sobre una noche clara.

Pasaron muchos años,
Su corazón, debajo, por raíces amargas,
como un buzo de tierra, probando minerales,

investigando el fondo de los patios, avanzaba.
Sintió que le pisaba el hombre de siempre,
el de la misma cara,
el hombre general, el no determinado,
el hombre que tomaba su café en las tazas,
su sal en el salero,
su voz en la palabra;
el hombre cotidiano, con una ley a costas
y una mujer, su esposa, la misma de todas las mañanas.

Entonces se acordó, tal vez, de aquel abuelo
que se quedó a mirarla.
Y supo que tenía en su primera letra,
la primera de todo el alfabeto, blanca,
un varonil acento designándolo.

Se hincharon sus raíces como esponjas llenas de agua,
levantaron baldosas y cimientos,
yacentes cañerías, paredes calcinadas,
arriates florecidos
y alfombras colocadas
para acallar los ruidos imperfectos.

Vio que los hombres iban preocupados con descarnadas
manos con herramientas, disponiendo su muerte,
cortando sus raíces, sacrificando el agua
de sus flores, juzgando su misión de enredadera,
su curiosa misión de taladrar las almas,
de apaciguar las lluvias por agosto,
de penetrar las bocas solitarias,
de gritar la verdad, con la memoria henchida
quebrando las paredes como cañas.

Y sabiendo su muerte artificiosa,
una flor casi azul, inmóvil de dolor y de agonía, en la rama
más alta, aconsejo lo humano para siempre.

He hablado de un árbol que va a morir mañana.

Muchacha sin pronombre

*Para Isabel Rousset,
"Bola de Sebo".*

Isabel Rousset, Bola de Sebo, muchacha sin pronombre,
carne de alcoba y llanto:
te gustaban los pinos color nieve
las pocilgas sin nadie, los caballos
mordiendo en sus pesebres una pizca de luna;
te gustaba el molino, el lirio abandonado
en las manos solteras, la mediana función de las lagunas,
la fe de los riachos.
Te gustaba comer -¡tan familiar!- junto a tu cesta
y beber el borgoña y nublar-te con pájaros.
Te gustaba decir algunas cosas.
Te gustaba reír de vez en cuando.

Isabel Rousset, Bola de Sebo, regresas desde el aire,
con un pecado en torno, diluida y casual como la sombra de algo.

Isabel Rousset, Bola de Sebo... ¿Qué hicieron los burgueses
con tu corpiño roto? ¿Qué hicieron con tu llanto?
¿Te dieron de almorzar? ¿Te regalaron pinos y pocilgas?
¿Te festejaron toda con lirios y caballos?
¿Te miraron igual que a sus parientes,
te acreditaron sitio, te lloraron?

Por ti, por esa carne tuya -miga o cielo- y entregada sin rumbo,
ellos siguen de pie, mercado
las espigas y traficando lanas en invierno, tanteando el mar
porque es posible el oro más allá de los peces y los naufragos.
Y están muy bien así, aunque el sol se les cuele en los roperos,
donde sigues viviendo con un olor de cuerpo bien lavado.

Isabel Rousset... ¡estos burgueses! ¡Y pensar que lloraban
sus dineros, sus gatos sin tejado,
sus mujeres de moda, sus tierras con orillas,

sus hijos impedidos, sus vientos clausurados!

Isabel Rousset, heroica prostituta: te quitaste el vestido,
tu cadera de amor, tu pecho transitado,
tu soledad de sauce sin ribera,
tu orientación de muerte y un poblado
de cosas que nacían de ti bajo la noche
y te diste al prusiano,
ilimitada, toda, sin urgencia,
tan plena como un sol que cae sobre un sembrado.

Después, sacrificada fruta, légamo caído, sin pronombre,
fuiste a buscar perdón sencillamente. Y te dolía el tacto
y la mirada ahondada de palomas
y el temeroso pie y el cuenco de la mano.
Y el burgués te miró como se mira un pozo.
Y no te perdonó. Nunca, Isabel Rousset, te perdonaron.

Tu final se lloraba detrás de un vidrio corto.
Tu voz se amordazaba con un pañuelo áspero.
Tu corazón de pinos y pocilgas se ahuecaba por dentro.

Isabel Rousset, Bola de Sebo, toma mi mano;
hace ya un tiempo largo que no estás con nosotros
y no ha cambiado nada: ni el nacer, ni el morir, ni el sobresalto.
Poblaremos los puños de centeno y de cobre,
caminaremos largo,
desde la cara hueca del vacuno hasta la cara humana,
desde el pienso a la cifra, desde el mugido triste hasta el
vocabulario.
Andaremos con todas las mujeres compradas de la tierra
y tú y yo, Isabel Rousset, diremos algo:

Diremos que algún cuerpo caliente como el tuyo
fue el que pobló hemisferios, que los astros
se aprietan de dolor cuando te escupen,
que no abrigan las colchas y las sábanas sin debajo

no hay quien ame y que es fácil
cosechar la comarca de un rey cuando el esclavo
no tiene voz ni pelo. Y diremos, en fin,
que eres una señora y que estamos
esgrimiendo las picas para tumbar la infamia;
que no impórtale cochero, ni el peón, ni el soldado
que te besó la piel. (Que triunfo:
que un soldado besara en pie de guerra, que un soldado
se pusiera a pensar en cosas distraídas;
en tu sonrisa de algo
y en tu pronombre dicho entre paréntesis...)

Les diremos que estás sentada a la derecha de Dios y que el
pecado
procedía de ellos, de sus carnes espesas y aplastantes,
de sus miserias vivas, de sus dientes de lobo, en fila y apretados.

Ven con tu sangre fresca, con tu pelo de niña:
dame la mano.
Tu corazón se mueve con un temblor de agua
en cuyo fondo hay plumón ahogado.
Tu cadera de amor rodea el mundo
tu seno está bien alto,
más allá de las criptas profanadas
con los oídos falsos
y tu pronombre, tú, Isabel Rousset,
tiene que estar vestido con flores y con pájaros.

Isabel Rousset... ¡estos burgueses!
¡Y este trágico estar sin fuerzas para nada!
Dame la mano...

<http://www.elortiba.org/delellis.html>

Poema para ser leído en una esquina

(Corrientes y Medrano)

Para Adolfo Coalova

Acá, más acá de este otoño,
más acá de esto vivo, en el hueso, en las venas,
en el fósforo pobre,
en la copa apretada como última moneda,
naciendo y renaciendo
desde llanto y protesta.
Acá, entre calles, rico, inamovible, perfilado
a las tardes sin sol de par en par abiertas,
nombrando a la que muere de amor por un geranio,
viendo crecer entierros, panaderías, sombras llenas;
acá donde se tuerce un sueño a cada luna,
donde se cae de un árbol toda la noche entera
y los años reclaman la sien y la fatiga,
debe de ser leído este poema.

Este poema se hizo de muchacha a deshora,
de muriente tabaco, de doce menos cinco, de madrugada
abierta;
se hizo de alcohol posible, de sensorial vestido,
de algo más que corbata y que silueta,
de comentada arruga entre los dedos,
de eso así como pena
puesta a secar, tendida en los rincones.
Se hizo todo de fábula esquinera.

Y es para ti mujer adjetivada,
corpiño ya estrenado, ropa suelta.
Para ti que solías rectificar agostos,
doblar grafologías en la mesa.

Y es para ti, gandul, noctambulero,
ladrón de cosas buenas.
Para ti, que te vas como un pañuelo

rumbo a un tiempo cualquiera.
Para ti que te fuiste -tan temprano-
sin demostrar maneras.

Es para todo el mundo que ha nacido
con la noche arropada a su derecha.

Es para todo acá, es para todo:
gandul, noctambulero, corpiño ya estrenado, ropa suelta.

¿Qué había más allá? ¿Qué había tras la tarde sin sol,
tras el sostén de nada, tras la mueca?
¿Qué había tras las doce menos cinco,
tras el áspero roce de fábula esquinera?
Había multitud -¡qué torpe!-
quemando el primer beso en la risa suelta.
Un crepúsculo amargo que nadie conversaba,
mesas recién servidas, corazones de arena,
generación con saldos venideros,
hombres legales tristes como ovejas,
tarea de vivir o no en el fruto,
arcángeles —tal vez arcángeles- y espejos de solteras
que morían de amor por un geranio.

Había apenas eso: mercado, multitudes, polvo y piedra.
Y había más: torpeza, reciedumbre en lo santo,
penumbra ante el dolor y la miseria,
renunciación total frente al vestigio,
sufocamiento de astros y de estrellas,
triunfadora rapiña,
maceración del sol, destierro de la niebla.

Pero acá, más cerca de este otoño,
más cerca de esto vivo, más cerca
de una copa y un trébol,
había este poema.

Un poema que sale de esta esquina
con una cara sola y descubierta
diciendo simplemente;
gandul, noctambulero, corpiño ya estrenado, ropa suelta.

Fuente: *Letras argentinas: De Lellis*

Poema para la libertad que clamo

Vengo a nombrar, por fin, mi compañera,
esas cosas que corren de acuerdo con el agua;
vengo a nombrar los niños, los gorriones,
las brechas en los muros, las migajas,
la frontera del aire, las leyes de la luna
y el ojal con su flor en la solapa.

Vengo a decirlo todo para estrecharte, amiga,
novia sin cuerpo móvil, mensajera de nada.

Por creerte total, desposeída,
me fui del sortilegio de las patrias,
desvinculé maneras, unifiqué septiembres,
me caminé hasta el norte toda el alma,
tuve sueños de pan, ritmos de sangre,
me puse el corazón de pájaro y campana.

Diré de tantas cosas que me duelen
y que no están de acuerdo con el agua
que tu propio confín, tu propio gesto
me ha de mirar la cara.

Por ejemplo, del hombre.
Quiero decir del hombre su acento y su corbata.
Por ejemplo, del tiempo.
Quiero decir del tiempo su arruga y su comarca.
Por ejemplo, del árbol.
Quiero decir del árbol su ancianidad, su rama.

Quiero decir de muchas muertes vivas,
de invertebrados ángeles, de hormigas y cigarras,
de lozanas edades en los patios
de pizarrones sucios de entrecasa,
de este afán de robar los horizontes,

de esta ternura mía de apadrinar palabras.

De fundar una estrella a mediodía,
de atarse la canción con cuerdas de guitarra,
de invitar la gaviota a nuestra cena,
de perder un domingo, de devolver un ala.

Pero... Dónde estás tú? Tras de qué vidrio?
En qué después incólume, en qué mundo sin traza?
¡Qué verdad te enumera, qué rasgo te produce,
qué almanaque te advierte, qué reloj te desanda?

Tú no estás. Ni siquiera
en esta copa rota que bautizó mi cara.
Ni siquiera en la luz que me apuntala el pecho.
Ni siquiera en la herida que se descubre el alma.

Y pregunto por qué. Tú corres, a menudo,
por otra latitud, sobre otras maneras y otras razas,
con piernas casi siempre a ras del alma

¿Por qué no revivir eso que es tuyo,
no demoler principios, no desbroncear estatuas,
no beber el café, tan así de repente,
no sojuzgar los vientos, no desventrar las lágrimas?

Libertad, libertad, pájaro suelto,
¡cuánta inicial te llama!

Libertad, libertad, pájaro suelto,
¡que renglón prometer, que cosa amarga!

Libertad, libertad, calle en la noche,
vidrio de copa rota sobre el alma.

Libertad, libertad, tabaco puro,
inocencia de niño, dedo puesto en un mapa.

Libertad, libertad, quién lo diría...
Anduvo acá una noche y me estrelló la cara

Fuente: *Letras Argentinas: De Lellis*

Puente Bustamante

Pasabas tú, bajando, tú
y un nolopienses dicho hasta tu alma
y lluvias en esquinas y mateos
y finales tan dulces como las rosas dadas.

Pasaba el puente mismo,
el morirse en las vías, el despedirse en humo
y voz entrecortada
y pasaba palermo, pringles, barrios pobres,
felices por el pie de tu zapato y el calor de tu cara.

Te decía que no
y te miraba.

<http://www.elortiba.org/delellis.html>

Roberto Arlt

Para él no fue el ágape, la peña, el capellán,
el afrancesamiento afeminado,
ni el suplemento azul de los domingos,
ni los señores dulces biselados.
Tuvo una cara de color de loco.
tuvo una flauta de color estaño.

Trepaba a los tranvías,
andaba sin amor, sin pasamano,
filípica en el gesto,
virulencia en la mano.

Loqueó su cara de color de loco.
Tocó su flauta de color estaño.
Pescaba encanallados mercaderes,
blenorragicos puros, metodistas,
lesbianas, sueños desarticulados,
incorregibles viejas con olor a cama,
incestuosos contentos, parricidas,
burdeles con sabor a llanto.

Blasfemó y escribió.
Con todo el corazón, todo el cansancio.
Capítulo a capítulo nos describió la piel,
nos mostró gorrioneras de hambre flaca, largos
galpones duros donde el dolor dolía,
Buenos Aires cayéndose sonámbulo.
Encajonó verdad, refrigeró la muerte.
Fumó el pucho porteño, tomó su trago.

Con su cara de loco se fue un día.
Con su flauta tocó todo el estaño.

<http://www.elortiba.org/delellis.html>

Radiografía de Almagro

Fue en una de las tantas tardes
en que pisando tiempo, corazón o acera,
me incliné a tu adoquín y a tus paredes,
a tus camisas amplias de obreros o a tus polleras
tornasoladas de amor;
a tus tacos muy altos de niñas fabriqueras,
a tu heredad de gaita y mandolina,
a tu abecé de bares que te pueblan
y recogí tu gusto, tu palpitar de barrio
y me senté contigo en un umbral, como se sienta
un pobre diablo que ha encontrado
la única moneda.

Quiero cantar, decirte, llenarte hasta mi vaso,
cabecilla lunar de esta ciudad sin tregua,
punto final de chacras y de quintas,
quintaesencia
de oeste en Buenos Aires,
quintaesencia
del ancho muro amargo de la vida, donde uno se para
y se golpea el corazón, el aire y las maneras
y se sabe hasta aquí,
tan mezclado de cielo y tan de tierra.

Aquí canté y lloré y anduve tu adoquín
con el alma doblada a tus umbrales y a tus puertas.
Y tuve lasitudes de amor
y ganas de fumar y ganas de tristeza.

Tú me quisiste siempre
como a un gorrión que juega.
Y eso de andar, almagro, cobijándome,
es gaje de tu oficio de centinela.

Para poder decirte enteramente
habría que beber, por ti, jugo de estrellas.

Habría que charlar de cosas inocentes
como hacen tus niños al borde de la siesta.

O habría, acaso, que inventar un himno
más simple que la marcha de una escuela.

[De “Buenos Aires, mi ciudad”, 1963]

<http://www.elortiba.org/delellis.html>

Tranvía 14

Muy solo en este viejo tranvía tan catorce
me prolongué hasta ti, como un amigo.

Daban las dos de la mañana
(en otro tiempo el vigilante de Salguero estaba ya dormido).

Daban las dos de la mañana
(la 104 se estrenaba su arpege y su vestido).

Daban las dos de la mañana
(un recuerdo bebía de su copa en un rincón del Gildo).

Puente Bustamante Pasabas tú, bajando, tú
y un nolopienses dicho hasta tu alma
y lluvias en esquinas y mateos
y finales tan dulces como las rosas dadas.

Pasaba el puente mismo,
el morirse en las vías, el despedirse en humo
y voz entrecortada
y pasaba palermo, pringles, barrios pobres,
felices por el pie de tu zapato y el calor de tu cara.

Te decía que no
y te miraba.

<http://www.elortiba.org/delellis.html>

Último viaje

Sube, muchacha. Es el último viaje de la noche.
Tengo las manos llenas de ciudad callada.

Atrás quedaron tangos, bandoneones,
clientes del amor y copa cara.

Quedó ese ruin motivo de la vida
para gastarla.

Tengo un látigo astroz que a nadie pega.
Sube, muchacha.

Atrás quedaron súplicas, promesas,
historias desveladas,
cigarrillos fumados tango a tango,
recuerdos sin palabras
y rostros amplios de deseos
y manos calentadas.

Quedó la charla inútil con gardeles, con ferreyras,
con leguisamos -¡siempre!- y las caras
infladas de negocios muy redondos
al borde de unas vacas.

Tengo un coche muy pobre y con capota.
Sube muchacha.

Tu cadera se da a los marineros,
a los que juegan a tres bandas,
a los esposos crueles y cristianos,
a los pobres de amor y a los de plata.

Se dan en turbios rincones oportunos,
o en sitios con lámparas de pie y porcelanas,
o en lugares de nadie,

o en una simple plaza.

Tengo un cabello flaco, a lo quijote.
Sube, muchacha.

Pero cuando te diste, diste todo.
Tu cretona, tu sensación de rosa y tu frustrada
sensación de espina.
Diste el reír, el cuerpo y la mirada.

Tengo, también, alguna larga calle con faroles
y el adoquín con luna en esquina pisoteada.

Te vio crecer cierto fondín del barrio
que transpiraba vinos y cebollas. Tu cama
tenía por dosel las culpas de los otros
y llorabas muy bien lo que llorabas.

¿Fue por Dock Sur? ¿O fue en San Telmo?
¿O fue en Boedo, o en la Boca, o en Tablada?
Nadie te puede averiguar la zona.
Se sabe que fue un barrio. Casi nada.

Tengo, además, el pulso firme del auriga
y un viejo amor por todo lo que amarga.

Me duele tu regreso como me duele sorprender a un pájaro
amanecido en una jaula.
Dame esa tristeza propia de los seres
que se acuestan, azules, de mañana
y toma el látigo y las riendas
para el último viaje por la ciudad callada.

Tengo un pequeño corazón de estaño
dispuesto a sollozar. Sube, muchacha.

(De: Ciudad sin tregua, 1953)

Valentín Gómez 3887 - 2º E

Cuántas veces yendo y viniendo en torno a lo que amamos,
más libres que este raro olor a lino,
más próximos, más justos o acaso
más injustos
por pretender bajar la luna a nuestras manos
más comunes a todo
sin festejos de sábados
sin elegantes formas, sin pañuelos
diciendo adioses falsos
acá estamos, acá
yendo y viniendo, entre un café y un trago,
muy simples, muy amigos,
dolidos y sonrientes, afectuosos, conversando
de largas cosas vivas.
La puerta siempre abierta para Almagro.

<http://www.elortiba.org/delellis.html>

Bibliografía

- *Flores del silencio*. Bs. As. 1941
- *Cantos de la tecla negra*, Bs. As. 1942
- *Siglo Rojo. Veinte Poemas para el siglo XX*. Bs. As. 1943
- *Tiempo Aparte, sonetos*. Bs. As. 1946
- *Calles de Marzo*, Bs. As. 1947
- *Litoral de Angustia*, Bs. As. 1949
- *Mediodía por dentro* Bs. As. 1951
- *Ciudad sin tregua*, Bs. As. 1953
- *Cantos Humanos*, Bs. As. 1956
- *Pablo Neruda*, Bs. As. 1957
- *El buque de la calle da la amargura* Bs. As. 1959
- *Cesar Vallejo* Bs. As. 1960
- *Hombres del vino, del álbum y del corazón*, Bs. As. 1962
- *Hortigueral de Almagro*, Bs. As. 1965

En Internet:

- Sobre la importancia de De Lellis para el barrio de Almagro
- Artículo cubano sobre la difusión que tuvo su obra.
- Nota sobre el poeta de Almagro.
- <http://www.elortiba.org/delellis.html>
- http://es.wikipedia.org/wiki/Mario_Jorge_De_Lellis
- La poesía de Mario Jorge de Lellis
-

Índice

3	Reseña biográfica
5	A.R.A.615
7	Boca Juniors
9	Canto a China
12	Canto a los hombres del pan duro
15	Canto a los hombres del papel sellado
17	Canto a los hombres del vino tinto
20	Canto a los hombres del dólar
23	El boliche de don Antonio
25	El sillón
26	Ernesto
27	Las 6
28	Leguisamo
29	María del portón
32	Mi madre en octubre
33	Misión de enredadera
36	Muchacha sin pronombre
39	Poema para ser leído en una esquina
42	Poema para la libertad que clamo
43	Puente Bustamante
46	Roberto Arit
47	Radiografía de Almagro
49	Tranvía 14
50	Último viaje
52	Valentín Gómez 3887 -2º,E
53	Bibliografía



Colección de Poesía Crítica

“Entre los poetas míos...”

- | | | | |
|----|-------------------------|----|-------------------------------|
| 1 | Ángela Figuera Aymerich | 50 | María Ángeles Maeso |
| 2 | León Felipe | 51 | Pedro Mir |
| 3 | Pablo Neruda | 52 | Jorge Debravo |
| 4 | Bertolt Brecht | 53 | Roberto Sosa |
| 5 | Gloria Fuertes | 54 | Mahmud Darwish |
| 6 | Blas de Otero | 55 | Gioconda Belli |
| 7 | Mario Benedetti | 56 | Yevgueni Yevtushenko |
| 8 | Erich Fried | 57 | Otto René Castillo |
| 9 | Gabriel Celaya | 58 | Kenneth Rexroth |
| 10 | Adrienne Rich | 59 | Vladimir Maiakovski |
| 11 | Miguel Hernández | 60 | María Beneyto |
| 12 | Roque Dalton | 61 | José Agustín Goytisolo |
| 13 | Allen Ginsberg | 62 | Ángel González |
| 14 | Antonio Orihuela | 63 | Manuel del Cabral |
| 15 | Isabel Pérez Montalbán | 64 | Endre Farkas |
| 16 | Jorge Riechmann | 65 | Ana Ajmatova |
| 17 | Ernesto Cardenal | 66 | Daniel Bellón |
| 18 | Eduardo Galeano | 67 | José Portogalo |
| 19 | Marcos Ana | 68 | Julio Fausto Aguilera |
| 20 | Nazim Hikmet | 69 | Aimé Césaire |
| 21 | Rafael Alberti | 70 | Carmen Soler |
| 22 | Nicolás Guillén | 71 | Fernando Beltrán |
| 23 | Jesús López Pacheco | 72 | Gabriel Impaglione |
| 24 | Hans Magnus Enzensberg | 73 | Roberto Fernández Retamar |
| 25 | Denise Levertov | 74 | Affonso Romano de Sant'Anna |
| 26 | Salustiano Martín | 75 | Wisława Szymborska |
| 27 | César Vallejo | 76 | Francisco Cenamor |
| 28 | Óscar Alfaro | 77 | Langston Hughes |
| 29 | Abdellatif Laâbi | 78 | Francisco Urondo |
| 30 | Elena Cabrejas | 79 | Carl Sandburg |
| 31 | Enrique Falcón | 80 | Silvia Cuevas |
| 32 | Raúl González Tuñón | 81 | Victoriano Cremer |
| 33 | Heberto Padilla | 82 | Nicanor Parra |
| 34 | Wole Soyinka | 83 | Ledo Ivo |
| 35 | Fadwa Tuqan | 84 | Amiri Baraka |
| 36 | Juan Gelman | 85 | Muriel Rukeyser |
| 37 | Manuel Scorza | 86 | Jorge Etcheverry |
| 38 | David Eloy Rodríguez | 87 | Ali Ahmad Said, “Adonis” |
| 39 | Lawrence Ferlinghetti | 88 | Víctor Valera Mora “El Chino” |
| 40 | Francisca Aguirre | 89 | Attila József |
| 41 | Fayad Jamís | 90 | Daisy Zamora |
| 42 | Luis Cernuda | 91 | Eugenio de Nora |
| 43 | Elvio Romero | 92 | Mario Jorge de Lellis |
| 44 | Agostinho Neto | 93 | Floridor Pérez |
| 45 | Dunya. Mikhail | 94 | Yannis Ritsos |
| 46 | David González | 95 | Rosario Castellanos |
| 47 | Jesús Munárriz | | |
| 48 | Álvaro Yunque | | Continuará. |
| 49 | Elías Letelier | | |

Cuaderno 92 de Poesía Social
Mario Jorge de Lellis
Biblioteca Virtual
OMEGALFA
Marzo
2015
ω